

GUILLERMO FERNÁNDEZ STEVENSON

LA HISTORIA DESCONOCIDA DE JAIME GUZMÁN



LA HISTORIA DESCONOCIDA DE JAIME GUZMÁN

Autor: Guillermo Fernández Stevenson

Editorial Conservadora S.p.A.

Badajoz 100, of. 523

Las Condes, Santiago, Chile

www.editorialconservadora.cl

Edición: Henry Boys Loeb y Benjamín Cofré Lagos

Asistencia Editorial: Carlos Sánchez Farías

Diseño: Carlos Merino Vial

Derechos reservados.

©2021 Guillermo Fernández Stevenson

Inscripción N° 2020-A-3494

N° de Registro Propiedad Intelectual 2022-A-2946

ISBN 978-956-6172

ISBN digital: 978-956-6172-03-1

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este libro por cualquier medio, salvo autorización previa y escrita de Editorial Conservadora S.p.A.

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

GUILLERMO FERNÁNDEZ STEVENSON

LA HISTORIA
DESCONOCIDA DE
JAIME GUZMÁN

EDITORIAL  CONSERVADORA®

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

A quemarropa

Jaime Guzmán: la persona

CAPÍTULO 2

Una obscura maquinaria

Gremialismo

CAPÍTULO 3

El camino de la violencia

La vía “democrática” al socialismo

CAPÍTULO 4

Operación Albania v/s Operación Príncipe

Reformulando a Chile

Reformulando a la derecha chilena

El plebiscito constitucional de 1980, a los ojos de Guzmán

CAPÍTULO 5

Si gana el “Sí” a Pinochet...

El regreso de los “señores políticos”

CAPÍTULO 6

Percepciones premonitorias

Un adversario temible en su camino

Jaime Guzmán y los Derechos Humanos

Vio venir su propia muerte

Otra revolución en marcha

CAPÍTULO 7

La debacle de Renovación Nacional

CAPÍTULO 8

Investigaciones infructuosas

Transitando por la transición

El recorrido final

CAPÍTULO 9

El senador Jaime Guzmán

BIBLIOGRAFÍA

Agradecemos a la Fundación Carlos de Foucauld por su invaluable apoyo, el cual hizo posible la publicación de este libro.

fcf
ediciones

También agradecemos a la Fundación Jaime Guzmán por el material gráfico compartido.

FJG

FUNDACIÓN JAIME GUZMÁN

PRESENTACIÓN

El libro que tenemos el honor de re-editar constituye un novedoso aporte a la construcción biográfica de Jaime Guzmán Errázuriz. Narrado desde una perspectiva subjetiva y muy personal, aborda aspectos desconocidos de su vida y de su particular visión del mundo. En tiempos de incertidumbre jurídica y política en Chile, esta obra representa un bálsamo histórico que, sin duda, ayudará a ponderar de mejor manera el pasado reciente de nuestro país y a valorar la obra del Gobierno Militar, más allá de las caricaturas desproporcionadas y con escaso fundamento que se han difundido sistemáticamente en medios de comunicación y aulas de clase desde 1990 a la fecha. La lectura de este libro es de carácter obligatorio si se quiere reivindicar el valor de nuestras instituciones y la figura de los ciudadanos que, desde diferentes sectores políticos, hicieron posible el Chile exitoso y en vías de desarrollo que estamos poniendo en riesgo mediante un proceso constituyente de carácter refundacional que amenaza con destruirlo todo, incluidos los innumerables logros, méritos y aciertos de quienes nos han precedido.

Para enfrentar la revolución en curso hace falta un prócer contra-revolucionario. Quién sabe si Jaime Guzmán logra aplacar, en la pluma de Guillermo Fernández, la segunda revolución marxista de su historia; esta vez de manera póstuma.

Henry Boys Loeb, abogado
Benjamín Cofré Lagos, historiador
Editores

PRÓLOGO

En el momento en que se debate sobre una nueva constitución, es reeditada la biografía de Guillermo Fernández Stevenson sobre Jaime Guzmán Errázuriz. El tiempo precedente, particularmente desde 2019, ha hecho reaparecer una enconada crítica sobre la Constitución de 1980, la más modificada de la historia nacional, tanto, que llevó la firma de un presidente militar y hoy de otro, socialista. A la vez que un sistemático ataque al que se estima su principal redactor, el biografiado.

Lo mismo cabe decir del Gobierno Militar, escarnecido sistemáticamente. El primer y tercer período presidencial posteriores a 1990 acentuaron su empeño de centrar la mirada en el tema de los derechos humanos -la grave falencia de ese gobierno-, para oscurecer por completo la obra político-constitucional, económica y social de aquel. Se encargaron informes sobre este tema con la idea de que solo revelar todo lo ocurrido, podría traer paz a los espíritus. Es evidente que, por el contrario, se atizó el odio evitando la plena aplicación de la amnistía a todos los actores, amnistías con las que se había puesto término

históricamente en nuestro país a todos los quiebres institucionales. Quedó así en claro que había una intención de revancha y ninguna noción de las causas que lo habían provocado. Estos hechos son relevantes para entender cabalmente el libro que presentamos, que tiene al respecto capítulos que iluminan claramente el período de Chile en que se desarrolló el accionar del protagonista.

Sobre la figura sobresaliente de la política nacional que fue Jaime Guzmán Errázuriz, actor esencial de los años finales de la década de 1960, del gobierno de la Unidad Popular y del Militar, así como de la restauración de la democracia por la Constitución de 1980, escribe Guillermo Fernández Stevenson: Abogado por la Universidad de Concepción, ha ejercido la profesión y la docencia universitaria, es miembro de la Sociedad de Historia de Concepción y cursó el Magister en Historia en su alma máter. Intelectual atento al devenir, novelista y poeta, es autor de obras históricas, ésta que prologamos, y “El extravío histórico chileno”, una fundada crítica al centralismo de nuestro país.¹

El interés del autor por lo público lo llevó a involucrarse en ese accionar desde su juventud, y luego en el Movimiento Gremialista de su centenaria facultad, donde conoció al biografiado y trabó una cercana amistad con él. Fui testigo de esto por haber sido compañeros de facultad y ambos

activos gremialistas. Fueron muchas las ocasiones en que Guillermo Fernández conversó y acompañó a Jaime Guzmán, en una época que éste viajaba a Concepción regularmente, o en Santiago, donde a su vez lo visitó. Su mirada captó matices de Guzmán que otros no percibían. Lo que se vierte en el texto, redactado en parte mientras cursaba el Magister mencionado y se le abrían perspectivas sobre aspectos esenciales de la política nacional.

No deja de ser relevante que, de la ya numerosa bibliografía sobre Jaime Guzmán, éste sea -en su versión original- el tercer libro publicado, en mayo de 2001,² siendo desconocido para gran parte de los aficionados a la historia, incluso para especialistas que han escrito sobre el personaje, por el hecho de haberse presentado solo en Concepción y de haber sido su difusión y crítica, escasa.

La obra a la que nos referimos tiene una particularidad propia: relata la vida de Guzmán, con un conocimiento profundo de sus características personales, psicológicas y humanas. Y las vincula a la historia política de Chile, desde su nacimiento hasta su asesinato, relatándonos desde su niñez hasta su último día, su pensamiento y actuar, de una forma tal que los hechos son mirados “desde” el biografiado. Es un libro escrito con un estilo atrayente, sustentado en hechos históricos, muchos olvidados, y que

nos hace caminar junto a Jaime Guzmán, introduciéndonos en los sucesos en que participó.

Las figuras históricas tienen una historia familiar y un contexto. Este libro trata sobre un hombre que, como pocos, tiene en sus antecedentes familiares y en la sólida formación allí recibida un hito imprescindible para comprenderlo cabalmente. Una persona tan envuelta en el presente y futuro de su patria, como lo fue, estaba también enraizado en un pasado de servicio, fe, austeridad y cultura. Su familia materna, con la que se crió, fue relevante en la política a partir del período republicano y en la historia de la Iglesia Católica Chilena, y los vínculos que a través de ella tuvo con destacados políticos desde la juventud fueron un aliciente a su interés en lo público.

Por otra parte, le correspondió vivir un momento histórico crucial, el más grave del período republicano de nuestro país en el siglo XX. En sus palabras: “nuestra generación llegó a la universidad en un momento que sobre ella golpeaba una marea de arrolladora fuerza destructiva que, pocos años más tarde, amenazaría el país entero. Era una utopía antinatural y desquiciadora que atacaba toda jerarquía, que fomentaba sistemáticamente el odio, y que impulsaba una revolución totalizante y totalitaria.”³

El libro que prologamos tiene el mérito de describir, con delicadeza, el contexto familiar de Jaime Guzmán. Y también en forma vívida y rigurosa el marco histórico de una democracia en decadencia desde mediados de la década de 1960, que llevó a la instauración del Gobierno Militar, al que el biografiado sirvió con talento en sus aspectos institucionalizadores y democratizadores, no sin dificultades y sinsabores.

El capítulo inicial nos habla del origen del gremialismo, base del actuar público del abogado. Lo plantea en un escenario en que la derecha, a partir de los años 1930 en opinión del autor, no tiene un proyecto de largo alcance, ya que la falta de una visión similar de la política llevó a los Partidos Liberal y Conservador a actuar juntos, pero sin programa común que estuviera vinculado a las aspiraciones del país y a las necesidades de los más pobres. Analiza Guillermo Fernández a la derecha y sus traumas, y señala con propiedad a los gobiernos de Carlos Ibáñez en 1952 y Jorge Alessandri en 1964, como paréntesis independientes con que la ciudadanía hizo frente a los desbordes de la politiquería y los riesgos crecientes de politización de las instituciones. Explica cómo el gremialismo nació para impedir que movimientos neo marxistas, infiltrados en el catolicismo, se apoderaran de la Universidad Católica de Santiago y de la Iglesia misma. La cercanía que había adquirido con Jorge Alessandri, el político en que reconoció

su mayor influencia y al que más admiró, agudizó su crítica a los vicios de la política y lo llevó a alejarse de quienes habían puesto a la derecha en esa condición. Comprendió Jaime la necesidad de una labor refundacional, que sería su objetivo de vida, explicando su actuar entre los años 1973 y su muerte: construir esa democracia y luego, defenderla.

El libro detalla la evolución de Guzmán desde una postura conservadora corporativista, hacia una liberal en lo económico, “en que en vez de procurar que no haya ricos, se combata para que no existan pobres”.⁴ Aspecto en el que fue clave la lectura del libro “El espíritu del capitalismo democrático” del filósofo Michael Novak, que Guzmán regaló a sus más cercanos para difundirlo. El autor desarrolla una tesis que debe meditar: a su juicio, la brutal guerra política que terminaría con la vida de Guzmán se inició antes del gobierno de Allende y se prolongó durante el Gobierno Militar, en el cual su brillo puso a Guzmán como uno de los principales responsables de su éxito económico y jurídico. Y así su muerte viene de un largo período de odio que culmina con ella. Pero como podemos comprobar del tiempo transcurrido desde la primera edición, esta lucha política y el odio consiguiente de sectores contrarios a la democracia no se extinguieron.

No es posible describir el contenido de esta biografía, y no debe hacerse, ya que se privará a los lectores de una

enriquecedora lectura, pero diversos capítulos del libro entregan información sobre las operaciones de inteligencia y su enfrentamiento al terrorismo en los años de Gobierno Militar, rememorando la “guerra sucia” que se desarrolló en el país, hoy olvidada; el rol que Guzmán jugó en la defensa de los derechos humanos, tanto desde el gobierno como en forma personal; la pugna con el entonces coronel Manuel Contreras, jefe de la Dirección Nacional de Inteligencia; el problema generado al unirse diversos sectores de derecha en Renovación Nacional, cuyas rencillas internas llevaron a su expulsión y el nacimiento de la Unión Demócrata Independiente; entre otros.

Siendo ya senador, se destaca la capacidad de Jaime Guzmán para obrar con una mirada política de largo plazo, y se rememoran los indicios que presagiaban un posible atentado sobre su persona, la serenidad espiritual con que enfrentaba esa posibilidad y aquel período final de su vida, en que pensó con generosidad que su sacrificio podía traer la paz a la nación.

Observándolo con perspectiva, puede apreciarse la capacidad política del biografiado, quien comprendía que solo manteniendo la iniciativa política, impulsando resueltamente modernizaciones en una constante capacidad creadora, sería posible la renovación de la juventud que se integraba a la tarea pública y el apoyo de

las generaciones más jóvenes. Guzmán buscaba entonces crear “hechos políticos” que condujeran las situaciones y no que éstas lo envolvieran o condicionaran.

Confirma el libro su profunda vocación democrática y su deseo de que después del fructífero paréntesis del Gobierno Militar, “todo el cuerpo elector se identificara con el sistema, porque disfrutaría de sus beneficios espirituales y materiales”.⁵ Pero a la vez también su falta de interés por ser considerado de derecha, sino definirse como partidario de una “sociedad integralmente libre”. Los aportes que realizó en la Comisión Redactora de la nueva Constitución están siempre dirigidos a configurar una democracia que fuera sólida, perdurable. Jaime Guzmán fue un servidor público por excelencia. Dotado de una espiritualidad en que el sacerdocio era una llamada poderosa, postergó éste por servir al país.

El libro de Guillermo Fernández recoge esto y mucho más. Escrito desde el conocimiento directo del biografiado, entrega una síntesis acertada que rememora el contexto político tan difícil en que a Guzmán le tocó actuar y cómo trabajó siempre buscando el bien de Chile.

Guzmán escribió, a propósito de la formación del gremialismo en la Universidad Católica y el actuar de uno de sus amigos y compañeros de generación: “Fue entonces

cuando en él se redobló el amor a Chile, a la causa de la libertad, y la evidencia de que nada fecundo puede construirse sin ser fieles al orden natural de todo lo creado, incluyendo el ser humano y su convivencia social. Pero no bastaba esa convicción, porque de poco vale la conciencia de un deber, cuando no está acompañada de la voluntad de cumplirlo. Era menester asumir el acuciante desafío que sentíamos como vocación de servicio público. Como esa noble tarea que significa trascender por sobre nuestras legítimas inquietudes personales y familiares, complementándolas”. Y agregó: “se consagró al servicio de nuestra patria... sin que su labor admitiera límites de cansancio ni se doblegara jamás ante los inevitables sinsabores que entraña el quehacer público.”⁶ Estas palabras son hoy plenamente aplicables a él y fueron pronunciadas -quizá de forma premonitoria- en el funeral de Miguel Kast Rist. Fue un auténtico “pescador de hombres” quien, a través de su ejemplo, llevó a muchos jóvenes a la política, la cual valoraba como un noble quehacer cuando se ejercía en pos del bien común y del país.

Jaime Guzmán fue un político excepcional, de una notable capacidad intelectual, quien tuvo la inusual condición de ser a la vez un hombre de acción y de habilidad política superior. Guillermo Fernández le hace justicia en su libro, en que lo revela, sin erudición innecesaria, sino con un

lenguaje fluido, en su exacta dimensión y se muestra a la vez como un sólido historiador.

Solo cabría agregar, habiendo recorrido su vida, conociendo su fe de cruzado en política y su patriotismo sin tacha, que nada puede ser más exacto que las palabras que lo acompañan en su tumba: Jaime Guzmán Errázuriz. Amó a Dios y a la Patria.

Luis Felipe Moncada Arroyo
De la Sociedad de Historia de Concepción

CAPÍTULO 1

A QUEMARROPA

Ricardo Palma Salamanca y Raúl Julio Escobar Poblete, “El Negro” y “Emilio”, en ese instante preciso - aproximadamente a las 18:15 horas del primero de abril de 1991-, habían logrado lo que con gran incertidumbre venían planificando desde hacía mucho tiempo.

El famoso rostro pálido y transparente que a estos dos personajes los había obsesionado por años, cuya progresiva calvicie venía retrocediendo inexorablemente desde la antigua frente juvenil, para dejar al descubierto una superficie alba y brillante que se extendía ahora por toda la parte superior de su cráneo, apenas interrumpida a media cabeza por una delgada franja de cabellos rubios, débiles y escasos; de barba dura y afeitada tres veces al día, mirada inteligente, pero cálida tras los gruesos anteojos bifocales sin los cuales no distinguía a una persona de la otra, se encontraba con la vista perdida en el tumulto de estudiantes, detenido, frente a ellos, después de muchos esfuerzos logísticos. La expresión siempre relajada y alegre del profesor, esta vez exteriorizaba algo de preocupación, más no por él, sino por el país y, especialmente, por los más

modestos. Había asumido desde algún tiempo el tema de la violencia política como algo recurrente y casi obsesivo, enfrascándose en una peligrosa campaña por sancionar drásticamente toda manifestación del violentismo político, que tantas muertes había causado en el país y Latinoamérica -según él- por no enfrentársele con la suficiente energía.

Este profesor nunca había tenido automóvil. Le gustaba andar a pie o en micro para sentir el palpito de la opinión pública, así como la receptividad hacia su propia persona, cuya popularidad -decía- acostumbraba medir según el número de insultos que recibiera a su paso. Sin embargo, sus continuos viajes a Valparaíso, desde que fue elegido senador, le obligaron a contar con un auto, además de un chofer, Luis Fuentes Silva, porque nunca aprendió a manejar. Éste, en ese momento, esperaba a que un verdadero símbolo del modernismo, de la exuberancia urbana y su masividad enajenante, el semáforo, le permitiera continuar rumbo hacia la reflexión y posible solución de los grandes problemas de Chile. No pudo hacerlo. Antes que la máquina le abriera camino, de entre los muchachos que esperaban locomoción en el paradero de Batlle y Ordóñez con Regina Pacis, “El Negro” y “Emilio” emergieron como saetas incandescentes, encendidas por el odio y el drama acumulado de mucha gente, para cumplir

con la misión de su existencia: terminar con la vida de Jaime Guzmán con dos balas disparadas a quemarropa.

Desde ese instante, millones de personas se han preguntado sin éxito acerca de las razones por las que murió Jaime Guzmán, sin que llegue la respuesta, ni aún ahora que ya han transcurrido tres décadas desde su brutal e injusto asesinato.

JAIME GUZMÁN: LA PERSONA

El 28 de junio de 1946, cuando los primeros coletazos de la Guerra Fría empezaban a afectar con dramatismo a la economía y la convivencia social de gran parte del mundo, debido al escenario posterior a la Segunda Guerra Mundial (incluyendo a este lejano extremo del continente sudamericano), en el seno de un hogar cristiano y tradicional nació el niño Jaime. Pero, por los gruesos muros de la casa ancestral de la Alameda con Almirante Barroso, donde pasaría su infancia, no entraban esos problemas. Ocupada después por el Centro Bellarmino,⁷ había sido -y era aún- la residencia de su bisabuela materna, doña Rosario Matte de Edwards, y la economía no era precisamente una de las dificultades familiares. La suya fue tal vez la última generación que alcanzó a disfrutar, aún en sus retazos, de la que llegó a ser probablemente la mayor fortuna que haya existido en el Chile decimonónico.



El niño creció físicamente débil, pero imbuido del ambiente que traspasaba a la vieja casona, llena de tradiciones y de espíritu religioso. En cambio, precozmente desarrolló una curiosidad por su entorno familiar y social que iba mucho más allá de lo normal para alguien de su edad, revelando una inteligencia preclara y una comprensión muy temprana de los temas que se le comunicaban, con lo que dejaba impresionados a todos quienes lo conocían. Recorría la casa con curiosidad infantil, manifestando un inusual interés por cada objeto, en particular los religiosos, que en ella evocaban de forma inevitable algún hecho importante del pasado familiar o nacional, que él buscaba de inmediato conocer. Vivía con sus padres, Carmen Errázuriz Edwards y Jorge Guzmán Reyes, y sus dos hermanas, Rosario e Isabel. Desde allí “no teniendo más de cinco años, observa con deleite las

manifestaciones políticas y las conversaciones de alto vuelo que en torno a ellas se generaban en casa”.⁸

De pelo rubio y liso, peinado a la gomina cuidadosamente hacia el lado, su esmirriada figura va adquiriendo un aspecto intelectual, que se fue acrecentando con los años, acentuado además por una cierta presencia dentro de su rostro de los dos dientes frontales superiores, y hacia la adolescencia, de un par de gruesos anteojos de marco negro que pasarían a formar parte inseparable de su fisonomía. Dadas sus características personales y en especial las religiosas, exteriorizadas igualmente desde niño, debió afectarle mucho, sin duda, la temprana separación de sus padres, gravitando en él desde entonces de manera preponderante la tradición materna, con cuya familia conviviría prácticamente durante el resto de su vida.

El ambiente era señorial y vinculaba directamente a un pasado enraizado en viejas tradiciones. La casa contaba con enormes salones, imágenes religiosas, oratorio, y se celebraban escrupulosamente misas dominicales. Sin duda que este ambiente, sumado a la particular sensibilidad que ya manifestaba, influyó de manera determinante en la formación intelectual y moral de Jaime Guzmán, ya que, mientras otros jóvenes de su edad se veían influidos por hermanos mayores que empezaban a cambiar el terno por los bluejeans y las antiguas melodías por el rock and roll, él

se acostumbró a observar a su abuelo y a su bisabuela inclinarse en el oratorio para destinar largas horas a la oración. El propio niño, incluso, se ocupa personalmente de los ornamentos y del altar, demostrando por estas tareas una unción reveladora de la fuerte espiritualidad que lo invadiría a lo largo de toda su existencia.

No menor, eso sí, era la vocación y el atractivo que experimentaba por la cosa pública, que aprende a valorar de manera especial, y aún por otros y muy variados temas, donde se incluía hasta el fútbol. Él mismo declararía que la afición por la política “me viene de niño, y creo que participar en el servicio público constituye un aporte al bien común de gran nobleza y trascendencia, al cual estamos obligados quienes sintamos un impulso hacia ese campo. En todo caso, mi actuación en política será siempre combinada con mi actividad docente, que tal vez es prioritaria, y con otros intereses de los más variados tipos”.⁹

No obstante que herencia política le llegaba también por la vía paterna –ya que su abuelo, Julio Guzmán García, había sido un destacado dirigente liberal en Iquique, y su tío abuelo, Samuel Guzmán García, un conocido senador–, el modelo masculino y la mayor influencia familiar hacia ese campo los adquirió de su abuelo materno, Maximiano Errázuriz Valdés, quien, viudo largo tiempo de doña Rosario Edwards Matte, habitaba también la vieja casona; había sido

senador y destacada figura del Partido Conservador. Particularmente sensible al pensamiento filosófico y teológico, los primeros años de Jaime Guzmán encuentran aquí, amasados por su abuelo, un ambiente adecuado para adquirir y desarrollar una formación profunda en esos dos aspectos, la cual le llevaría a ver siempre las cosas mundanas, incluida la política, desde un universo por completo aparte.

Unido así a una casa, objetos y personas que lo comunicaban con un pasado de rasgos tan especiales, Jaime Guzmán debió hacer suya desde la infancia una carga histórica que para cualquiera pudo ser muy pesada. Pero en él se compensaba con un gran sentido de la realidad, acompañado de una aguda percepción del futuro, todo lo cual le permitió desde temprano reflexionar a fondo sobre los más complejos temas sociales de su tiempo. Gran parte de sus aproximaciones a los dramas y virtudes de nuestro país encuentran su causa en ese pasado familiar, social y nacional, que en ese mismo orden lo fueron involucrando progresivamente, casi como una obligación, en el análisis y más tarde en las posibles soluciones de la problemática del hombre y de Chile, que llegaría a conocer en profundidad.

La instrucción secundaria la recibió en los Sagrados Corazones, donde ingresó en 1951. Allí pudo prolongar, bajo los auspicios del padre Damián Symon, a quién ayudaba a

decir misa, la formación religiosa que ya había iniciado en el seno de su propia familia y bajo el alero del mismo sacerdote, gran amigo de su abuelo y bisabuela, para quienes celebraba también regularmente la liturgia. De pequeño viajaría, además, junto a su madre y tíos a las principales capitales de Europa, por lo que el nuevo alumno tendría en este aspecto una instrucción aventajada y más amplia que la corriente para su edad. Se sumaba a lo anterior que en su entorno íntimo el tema educacional se encontraba tan fuertemente arraigado, como que su tío abuelo, Claudio Matte, había sido el autor del primer y más famoso silabario que haya existido en el país, el *Silabario Matte*, con el cual aprendieron a leer generaciones de chilenos.

Por eso, en 1952, a los seis años, le causó gran impresión presenciar desde los balcones de su casa el desfile con que su tío, el conocido empresario y yerno del expresidente Arturo Alessandri Palma, Arturo Matte Larraín, culminaba su frustrada incursión en la campaña presidencial de ese año, participando de forma activa, pese a su edad, en las tertulias familiares donde se analizó latamente ese acontecimiento político y social del momento. La misma impresión le causó en 1957 la irrupción en la política chilena de Jorge Alessandri Rodríguez, esta vez exitosa, al ser elegido senador por Santiago, momento desde el cual el niño Jaime pasaría a ser el más entusiasta partidario de su